

táculo. Días después, Moreno, al ser interrogado por un periodista español sobre la reacción del público ante las óperas mexicanas, contestó: "La reacción fue de desconcierto. La crítica y todos los que muestran cierta inquietud artística, han elogiado las óperas. El público, en general, ha quedado desconcertado; algunos no han captado el mensaje que las obras tienen." Pero seguramente fue la minoría, ya que por otras crónicas que hemos tenido oportunidad de leer, se nota el entusiasmo y el interés que la música operática mexicana causó en España.

Muy importante esfuerzo el de Salvador Moreno al llevar un espectáculo desconocido para España, y por luchar en pro de la difusión de nuestro arte más allá de nuestras fronteras. El Instituto Nacional de Bellas Artes merece también una felicitación calurosa por el apoyo y la ayuda prestada a fin de que las tres óperas, el director y los intérpretes, pudieran presentarse en el Gran Teatro del Liceo, en Barcelona.

17 de febrero de 1966

DON GIL DE LAS CALZAS VERDES

Conocí a Héctor Mendoza hace once años, cuando estudiábamos en la Facultad de Filosofía y Letras, junto con Juan García Ponce, José Luis Ibáñez y Manuel González Casanova. Héctor había ya estrenado su comedia *Las cosas simples*, que tanta fama le dio y lo consagró como el autor teatral más joven de México. Cuando salimos de la Facultad, Héctor se dedicó a dirigir grupos experimentales, siempre con buen éxito, hasta llegar a realizar una magnífica labor en la Casa del Lago. Como autor, no ha vuelto a conseguir un buen éxito como el de *Las cosas simples*, pues hace poco estrenó una comedia semimusical en el Teatro Rotonda que era indigna de su talento y de su cultura. Si lo hizo para tratar de ganar algún dinero, se justifica, puesto que Héctor se casó con la bella actriz Claudia Millán, y en la vida

matrimonial no se puede ya vivir tan sólo de ilusiones; pero ni siquiera lo consiguió, pues la comedia bien pronto cayó al foso. Y es que Héctor es, fundamentalmente, un director, un gran director, como acaba de demostrarlo con la puesta en escena de la comedia clásica del siglo de oro español, *Don Gil de las calzas verdes*, original de fray Gabriel Téllez, mejor conocido por Tirso de Molina.

En el Frontón Cerrado de la Ciudad Universitaria, Héctor Mendoza ha logrado, además de muchos hallazgos, realizar un “teatro en cinerama”, puesto que el escenario es toda la pista del frontón a lo largo. Jamás director alguno había contado con un escenario de tan colosales proporciones que ofrece, lógicamente, también colosales dificultades para mover a los actores. Héctor Mendoza ha superado por completo esas dificultades y nos ha brindado un espectáculo maravilloso de movimiento, de alegría, de vivacidad. Pero esto no lo es todo en la dirección, con ser bastante; lo más importante radica en la nueva concepción que ha dado Mendoza al teatro clásico, olvidándose totalmente de lo tradicional.

El *Don Gil de las calzas verdes* que he visto en el Frontón de la Ciudad Universitaria, parece que ha sido escrito por un comediógrafo contemporáneo, tal es su modernidad, su actualidad. Sin embargo, Mendoza respetó el texto, pero dirigió la comedia hasta trocarla en una farsa deliciosa en la que el disparate al estilo de Richard Lester en sus películas *El Nack* y *cómo lograrlo* y *Help*, con los Beattles esta última, está siempre al servicio de la trama y no es un accidente provocado para conseguir la carcajada. Si Doña Juana va a contar sus penas a Doña Inés para impresionarla, está “haciendo un tango”, como ahora se dice, y entonces, claro, Mendoza pone música de tango como fondo; si Doña Juana está muy triste porque Don Martín la abandona, Mendoza la hace decir sus versos de amante desairada al estilo de José Alfredo Jiménez. Don Martín camina despacio, apesadumbrado por no tener dinero, pero he aquí que de pronto aparece corriendo velozmente su escudero por un extremo del frontón, atraviesa sin pararse todo aquel enorme espacio, desaparece por el otro extremo y se escucha el estruendo que causa al estrellarse. Disparate sí, truco del cine mudo sí, pero siempre efectivo,

siempre fresco y siempre oportuno. Lo importante es saber intercalarlo en el justo momento.

Héctor Mendoza ha logrado, a mi juicio, la mejor dirección teatral en México de muchos años a la fecha, no sólo por lo que ha hecho, sino por los infinitos caminos que abre a la dirección y que los nuevos directores jóvenes sabrán aprovechar y quizás superar. No importa que apenas estemos en el tercer mes del año; para mí, Héctor Mendoza ha ganado ya el premio a la mejor dirección de 1966.

15 de marzo de 1966

ARAU Y SUS FELICES LOCURAS

Creo que esta es la tercera vez que Alfonso Arau presenta su espectáculo titulado *Locuras felices* en la capital. El Teatro Milán y el Teatro Iris han sido testigos de su arte, y ahora le toca el turno al Teatro Principal. Según declaró el propio mimo en un programa de televisión, se propone revivir año con año y durante dos semanas únicamente, esta maravillosa serie de cuadros pantomímicos que dan a Alfonso Arau la categoría del mejor mimo que hayamos visto después de Marcel Marceau. Recordamos que hace poco vino al Palacio de Bellas Artes una compañía de Pantomima de Praga, y ninguno de sus componentes, ni todos juntos, podrían siquiera compararse a Arau.

Marcel Marceau, considerado con justicia el mejor mimo del mundo, es un clasicista que ejecuta sus números —extraordinarios todos— a la manera tradicional de la pantomima, o sea con el rostro blanco, y durante su espectáculo no se aparta jamás de los cánones pantomímicos. Alfonso Arau crea un nuevo género, más acorde con nuestra época y con los gustos contemporáneos, en el que se mezcla la pantomima con el *sketch*, los movimientos clásicos con la guitarra eléctrica, el nostálgico *Bip* de Barrault con el *beatle* enloquecido, el academismo con el arte pop, el vuelo de una mariposa con el teatro del absurdo a lo *Amadeo*, de